

Cara de Mono,adelantito de Muelle de los Bueyes

Alvaro Amaya



Image not found.

Capítulo 1

Cara de Mono, adelantito de Muelle de los Bueyes

Cuento

Después de realizar siembras de ajonjolí en Los Zarzales, mi papá decidió ir a sembrar arroz a la Costa Atlántica. Había vivido allí antes y sabía bastante del medio y de lo fértil de las tierras pero también lo obligaba el problema de los precios. El arroz siempre había mantenido precios estables - Si variaran, siempre será hacia arriba - se dijo después que tuvo que vender a cualquier precio, el ajonjolí cosechado el año anterior por el derrumbe de los mismos. Poniendo manos a la obra le propuso el proyecto a un primo de mi madre, quien entusiasmado aportó el capital y de inmediato nos preparamos para emigrar hacia la costa del atlántico.

Cuando aquí decíamos "La Costa" no nos referíamos al litoral marítimo sino al departamento de Zelaya, una zona del tamaño de un tercio de Nicaragua, territorio de sesenta mil kilómetros cuadrados, selvático, poco explotado, extremadamente lluvioso y con una escasa población formada por afro caribes, miembros de las etnias misquita, sumos y ramas y una minoritaria población mestiza indígena-española, que poco a poco empezaba a llegar desde el interior del país.

Corría el año 1961.

El mayor riesgo para nuestro proyecto era que en la zona la mano de obra es escasa y adicionalmente los miembros de la mayoritaria etnia misquita que él conocía muy bien, ahora se enrolaban para trabajar con la compañía norteamericana Nello Teer, que construía la carretera que uniría el Atlántico con el Pacífico. Encontrar la cantidad de jornaleros que necesitaríamos iba a ser una de las primeras y serias dificultades.

Los Estados Unidos habían prestado varias veces el dinero para abrir la carretera que uniera los dos océanos pero su dictador preferido se lo había robado sin ni siquiera iniciar los trabajos y a ellos nunca les preocupó porque siempre supieron que los préstamos se convertirían en una deuda de estado que de todos modos y por fuerza, todos deberíamos pagar. Después de la segunda guerra mundial quedó claro que era necesario contar con una ruta alterna para cruzar el istmo, en previsión que cualquier otro conflicto inutilizara el Canal de Panamá y USA decidió que ésta carretera cumpliría ese objetivo. Desde la capital, esta carretera constaría de unos trescientos cincuenta kilómetros de longitud y su trazo se había establecido desde antes del conflicto, pero su construcción nunca había llegado al puerto fluvial de El Rama, donde debería conectarse con el majestuoso Río Escondido, para acceder por esta vía fluvial a la ciudad de Bluefields, a unos cien kilómetros hacia el Atlántico y por donde la

United Fruit Company introducía grandes barcos para comprar caucho silvestre, bananos y raíz de Ipecacuana desde mucho antes de la segunda la guerra mundial.

Felizmente esa guerra había terminado y felizmente los bananos habían creado otras infelices guerras en otros países y no en el nuestro, pero en este año, para arribar a la población de El Rama faltaban solamente cincuenta kilómetros de sempiterna y húmeda selva virgen.

Antiguos parientes de mi padre campesinos del centro-occidente del país, empobrecidos por la aridez de la tierra, por la falta de oportunidades y porque al fin se convencieron que nunca verían el intento de ningún gobierno para desarrollar su campiña de origen, se unieron a la idea y decidieron acompañarnos en la aventura, abandonando sus raíces para migrar en definitivo a esta tierra que creímos de promisión y ellos reclutaron de sus alrededores a los demás jornaleros que llevaríamos para iniciar los trabajos. Estos parientes eran un primo lejano de mi papá, su esposa, sus tres hijos varones, una hija, su esposo y nosotros dos. Todos nos dispusimos a este viaje al estilo de mi padre, quien siempre me impregnó del sentido de aventura que hoy la vida ya no tiene. La emprendimos en un despintado, norteamericano, pequeño y viejo camión Fargo, cuyo diseño militar había sido creado para la segunda guerra mundial y que había seguido siendo fabricado hasta 1954.

Saliendo en la madrugada desde Los Zarzales, el viaje fue de más de quinientos kilómetros y muchísimas horas, que me grabó nombre exóticos como Acoyapa, Santo Tomás, Muhan, La Gateada, Villa Somoza, Nueva Guinea, La Batea, El Cacao y otros ya borrados de mi mente. Al fin y bastante después de la media noche, la carretera se nos terminó en el último y más avanzado puerto fluvial, casi en las estribaciones del Río Mico, llamado Muelle de los Bueyes, para donde y desde Bluefields, pasando por la ciudad fluvial de El Rama, se cargaban y descargaban todo tipo de víveres y productos que venían hacia aquí o llegaban a esta zona desde el Pacífico. No había construcciones que dieran idea de que se trataba de un "puerto". Cualquiera hubiera dudado que este fuera un puerto fluvial de cualquier importancia porque entre precarias chozas pajizas lo que se veía era un lodoso sendero selvático que bajaba desde la carretera bajo la fronda de milenarios árboles, hacia una pequeña y pedregosa playa de poca profundidad, que constituía el punto final del recorrido por el río y al que arribaban canoas alargadas, equipadas con motores fuera de borda.

A diez metros de la orilla, un rancho de rústicas maderas con techo de palma, ofrecía comidas y licores y con su pequeño y abierto corredor externo que funcionaba como sala de espera para todos los viajeros fluviales. En muchas partes estrechas y poco profundas del recorrido del río, los motores no servían para nada. Eran los diestros lancheros quienes se hacían cargo con largas y flexibles varas con puntas de metal, de

remontar las cargadas canoas a fuerza de músculos, hacia arriba o hacia abajo de las correntadas, entre gritos con los que advertían de los peligrosos obstáculos.

Algunos días después, cuando a la luz del sol vimos el lodoso camino que bajaba de la carretera hasta el río, a lo que se conocía como Muelle de los Bueyes, completamente atestado de afanosas e incesantes hormigas humanas que subían y bajaban presurosas y agitadas, con cargas sobre sus cabezas y espaldas hacia los buses y camiones que partían hacia el interior, tuve que cambiar de opinión.

Pero nuestro problema inmediato era que esa misma noche, debíamos llegar a Cara de Mono y eso estaba todavía a tres kilómetros adelante, sobre la reciente brecha abierta a la selva que no era más que un sendero de profundo fango pegajoso. Nos dijeron que mejor buscáramos bestias de carga porque de todos modos, no iba a parar de llover. Insólito fue que éstas no fueran mulas o caballos sino pesados, lentos, mansos y pensativos bueyes a los que nada hacía apurar, haciéndonos sentir que estábamos en el interior de las selvas de Malasia o de Viet Nam.

El entusiasmo por la aventura se me había ido al carajo. La lluvia, la oscuridad de la noche, el frío de la humedad, los mosquitos, el lodo y la ausencia de todo vestigio de civilización, nos provocaba a todos un desmoralizador sentimiento de arrepentimiento.

Desde hacía años, mi familia vivía en Ciudad Darío de Matagalpa, en donde no hay lodo. Allí solo las piedras calcáreas crecían como se decía popularmente y aunque lloviera, no había ningún modo de que se produjera un lodo tan pegajosamente atrapante, incómodo e invasivo como éste. Por esta aventura habíamos dejado de sembrar ajonjolí en el Los Zarzales y de trabajar comercialmente la ruta que de Ciudad Darío, llevaba a la Mina la India y Santa Rosa del Peñón, desde donde iniciábamos el viaje pasando por El Jicaral, Malpaisillo y la Mina El Limón para llegar a vender granos básicos a la ciudad de León, la cabecera departamental y de regreso, víveres y abarrotes para los pueblos mencionados. Estos eran lugares secos, calientes, estériles, agrestes y casi desérticos en verano, pero cuando llovía, los ríos cortaban fragorosa, violenta y a veces sorpresivamente toda ruta de acceso. Pero nada de lodo. Todo era piedras y arenas.

Lo que ahora estaba viendo no tenía nada que ver con eso. El lodo aquí lo impregnaba todo. Hacia la media noche completamente mojado, tiritando de frío y cansado de oír el ruido de succión que hacía el aire en el lodo, cuando con fuerza los bueyes extraían sus patas de los agujeros que profundizaban en cada pisada, llegamos por fin a Cara de Mono.

Sin poder dormir a pesar del cansancio y antes del amanecer, yo ya estaba de pie mirando hacia afuera, queriendo constatar si lo de la noche

anterior había sido una pesadilla. Lo que afuera vi, fue la confirmación.

Así empezó mi permanencia en este lugar caluroso, de lluvia sempiterna en donde la humedad, el calor y el lodo eran omnipresentes. Tierras lujuriosamente feraces y con el aire saturado de gordos y grandotes mosquitos y otros bichos voladores que nunca había visto. La humedad sobre la ropa intensificaba el agrio mal olor del sudor que después se impregnaba a la ropa de cama. Los hongos proliferaban en los pies con otro apestoso mal olor que se escapaba aún por encima de las botas de hule que se debían usar para protegernos de la humedad. Los desodorantes comerciales no funcionaban y pasó bastante tiempo antes que adoptara el desodorante local que era aplicarse limón con bicarbonato de sodio en las axilas, que todos usaban y que funcionaban maravillosamente pero que nos dejaban negros los sobacos, manchándonos feamente la piel.

A los dos meses de llegar, los piquetazos de los mosquitos me inocularon una terrible malaria. Desvariaba descontrolado cuando se disparaban las elevadas fiebres para despertar tiritando con un frío intenso que producía un dolor que se sentía en el centro de los huesos. La fase final de cada episodio se iniciaba con la bajada de la fiebre que producía una profusa y pestilente sudoración y un frío intenso que me dejaba atontado, tembloroso y totalmente deshidratado. Un vecino de la etnia misquita se enteró de mi situación, salió a la selva y regresó con un pesado cargamento de cáscaras en la espalda, indicando que debían ser hervidas hasta que todo se concentrara en un solo vaso que casi en la inconsciencia tragué. Se me fue la fiebre y también como diez libras de peso porque durante seis meses me fue casi imposible comer algo, debido al sabor amargo que había quedado en mis papilas y que en toda comida sentía. Nadie supo, ni hubiera podido saber cuantas dosis de quinina estaban concentradas en esa infusión del árbol de quina que ingerí.

Después supimos que el polvo de la cáscara seca de otro árbol que se usaba para curtir pieles de animales, eliminaba los hongos de los pies al usarlo de manera continua dentro de las botas de hule. El simpático efecto secundario era que las plantas de los pies, curtidas como el cuero, se teñían de un precioso e intenso color rojo sangre que necesitaba hasta un año para desaparecer.

Todos los días salía con los jornaleros a las cuatro de la mañana bajo la lluvia y regresábamos a las cuatro de la tarde siempre bajo la lluvia. El frío de la humedad era constante. Sobre el pantalón, los misquitos locales se ponían un pedazo de plástico como taparrabo en la cintura pero solamente con el trozo de la parte de atrás que les cubría las nalgas, porque aseguraban que el frío se sentía más intensamente cuando se mojaba el ano, que era al que protegían de la lluvia.

Poner la ropa sobre el fogón para que se secara cerca del fuego de leña, solamente agregaba el penetrante olor del humo al mal olor del sudor. Las culebras de variados tamaños y colores pululaban por todos lados y se metían a la casa buscando calor y un lugar seco. A veces, alguna amanecía acurrucada a mi lado dentro de mi cama. Me dejé de aterrorizar por ellas cuando supe que casi todas eran herbívoras o que se alimentaban de pequeños insectos y hasta que Ramón, mi mejor amigo en ese tiempo, un niño misquito de la zona, me mostró cuales de ellas se podía tomar con las manos sin ningún peligro.

Al final de las tardes al regresar a casa, las cocineras ponían a calentar agua para que me bañara y así me quitaba el frío de la humedad del día. Durante la cena y después de oír el programa radial La Tremenda Corte que se captaba directamente desde la Habana, Cuba, en un minúsculo radio Sony de onda corta, me iba a dormir. Siempre sentí corto el descanso porque al rato y siempre bajo la lluvia, ya salíamos de nuevo para el campo.

El sueño más acariciado de mi vida en esos días era el de vivir en una casa con luz eléctrica, con agua caliente para bañarme a cualquier hora, estar siempre seco y poder oír música clásica sentado en un mullido sillón, grandote y cómodo para leer. Si lo hubiera tenido, no me hubiera importado seguir viviendo allí indefinidamente.

Camino al terreno que se preparaba para la siembra, estaba el rancho de piso de tierra y techo de palmas de una familia de la etnia misquita. Don Ramón y su esposa tenían un hijo de mi edad que también se llamaba Ramón García, igual que su papá. Ramón era bastante prieto, de mi misma estatura, ojos achinados y un pelo grueso y duro que crecía para donde se le daba la gana. Rápidamente nos convertimos en inseparables amigos y él fue la ventana a través de la cual, pude asomarme a la vida de esas gentes sencillas, tranquilas, calladas y estoicas. Le pedí a mi papá que lo contratara y así, Ramón fue el amigo inseparable que con quien conviví todo ese inolvidable año, en el que en el que se preparó la tierra, se sembró y se recogió la cosecha de arroz.

Con un pequeño machete en la mano yo acompañaba al grupo de hasta treinta hombres con los que salíamos a “descombrar”, lo que significaba derribar a hachazos la elevada comba verde de venerables arboles más que centenarios para hacerle espacio a la siembra. Todos con hachas, machetes, limas de metal para afilar, sombreros de palma que cubrían con leche del árbol de hule para impermeabilizarlos y con lo que se volvían negros, feos y hediondos, un ahulado como le decían a los pedazos de plástico con el que protegían sus cuerpos de la lluvia y con un recipiente para agua hecho de una seca y vaciada cucurbitácea a la que llamaban “calabazo”, éramos la tropa que recorría diariamente los tres kilómetros de la casa hasta el área de siembra. Tal vez por el contraste con la naturaleza salvaje y con el lodoso, gris y húmedo ambiente,

recuerdo como algo incoherente, fuera de lugar pero a la vez encantador, el hecho de que mientras caminábamos, todos cantaban y reían todo el tiempo.

Me trataban y aceptaban como si yo fuera alguien de su edad. Hablaban de sus relaciones sexuales de la manera más abierta y natural del mundo, usando las sencillas y directas palabras que la mojigatería tenía prohibido en mi medio y yo entonces ponía la cara del que también conocía de todo para merecer su confianza. Me enseñaron a fumar para espantar a los mosquitos que no nos daban tregua para descansar y que se nos metían en la boca y la nariz, cuando al respirar nos descuidábamos.

Alberto era un gigantón más pálido que blanco, de pelo negro, grueso, liso y abundante que atemorizaba a todos con su azulino ojo tuerto, oriundo de Chinandega y a quien mi padre había nombrado como jefe de todos los jornaleros. De lejos, con su sombrero de punta alta y de alas anchas y el matorral de pelo que le caía hasta los hombros, me recordaba la silueta del espantapájaros del Mago de Oz. Él era quien repartía las tareas del trabajo a cada uno y quien decidía a quien ponía al frente, como el líder puntero que impondría el ritmo del trabajo en cada jornada. Cuando terminaban la primera tarea, sentados en el suelo tomaban algún refresco y fumaban hasta dejar de sudar y ya descansados, empezaban de nuevo la segunda parte de su tarea del día. Los más experimentados terminaban a las tres de la tarde y esa hora empezaba el retorno hacia la casa, que concluía hasta las cuatro de la tarde, cuando los más lentos y los más viejos, terminaban su tarea para regresar a descansar.

Al llegar al campamento que era un ranchón enorme hecho de hojas de palma, se dirigían al riachuelo que pasaba a pocos metros detrás en donde desnudos, en medio de bromas, gritos y risas alborotadas igual que los niños, se bañaban y lavaban su ropa. Algunos cocinaban algunas cosas diferentes de la comida comunitaria. A las seis de la tarde se servía la cena y así empezaba el descanso previo a dormir. El "tapanco", el piso de pulida madera de caoba en el segundo nivel cerca del techo de hojas, era el dormitorio comunal para los hombres y abajo era el lugar social en donde todos departían. Después de cenar, era la hora propicia para que alguien sacara una guitarra y se pusiera a ejecutar lánguidos sonos autóctonos del centro y del norte del país que nos relajaban o para contar anécdotas que todos oíamos asombrados, asustados o divertidos.

Yo tenía permiso de mi papá, para ir los fines de semana con Ramón a quedarme a dormir en la selva en donde cazábamos, pescábamos pero sobre todo para conocer plantas e insectos que nunca había visto. Por la noche acampábamos en pequeñas chocitas de hojas de palmas que Ramón armaba rápidamente entre dos árboles y que a bastante distancia del suelo no dejaban pasar el agua y nos protegía de las culebras y otros bichos rastreros, mientras oía rugidos y ruidos que me provocaban el miedo que divertía grandemente a mi compañero de esas andanzas. Los

jornaleros aconsejaban a mi papá que no me dejara solo con Ramón, diciéndole que los misquitos eran gente muy mala pero mi papá les tenía confianza y un gran cariño porque sabía bastante de su sana cultura y su pacífico modo de vivir. Lo sabía porque cuando joven, había vivido protegido por indígenas ramaquíes durante cinco años cerca del nacimiento del Río Punta Gorda, antes del inicio de la segunda guerra mundial.

Los jornaleros se asustaban cuando me veían tomar entre mis dedos a una enorme hormiga negra cargada de ácido fórmico, de una pulgada de largo que Ramón me enseñó a agarrar por la cabeza y cuyo piquetazo paralizaba el brazo de quien lo sufría, con un dolor agudo que subía hasta la axila y el cuello. Todos tenían terror de hacerlo y supersticiosamente sentenciaban que Ramón, me estaba enseñando "cosas malas y extrañas" que podrían llegar a ser peligrosas.

Con el tiempo fui olvidando los ruidos de la ciudad a los que estaban acostumbrados mis oídos, para ser sustituidos por otros. Cuando estaba en la selva, empecé distinguiendo los más evidentes, como los chillidos de los diferentes tipos de monos, el galopar de jabalíes cuando asustados rompían la maleza o el ruido de la vegetación al ser aplastada por las grandes culebras y serpientes y los cantos graves y agudos de diferentes pájaros, hasta que mis oídos lograron percibir el leve roce de las pequeñas culebras cuando raudas, se deslizaban sobre las hojas de la vegetación.

Cara de Mono, llamado así por los petroglifos que se encuentran en la confluencia del pequeño río del mismo nombre con el Río Mico, era el final del camino y el campamento carretero de avanzada recién establecido, que serviría de base para abrir el siguiente tramo de veinte kilómetros de carretera y que penetraría la selva en la ruta trazada para llegar a la ciudad de El Rama.

Este campamento era un atiborramiento de maquinarias, talleres, hangares de láminas de metal que servían de dormitorio a los obreros y de una gran plaza de terreno abierto en donde habían instalado una monstruosa y ruidosa trituradora de piedras, que se mantenía vomitando grandes nubes de polvo blanco y un grueso chorro de apestoso humo negro. Pululaban los tractores y camiones que entraban y salían y había una profusa mezcolanza de trabajadores norteamericanos, mestizos como nosotros a quienes todos nos decían "españoles", misquitos, negros y chinos en un revoltijo que al final, inspiraba algo de aventura y algo de peligro.

Cuando el campamento se establecía en un nuevo lugar como en estos días aquí ocurría, primero edificaban los planteles de trabajo que alojaban a máquinas y obreros, después se levantaban las casas que habitarían los norteamericanos y jefes de todos los niveles, a su alrededor se establecían los negocios de diferentes tipos, comisariatos que vendían abarroterías,

alimentos y herramientas y junto a ellos, los bares y las innumerables cantinas de prostitutas que succionaban el dinero que ganaban los hombres que llegaban a trabajar sin sus mujeres a estos lugares y por supuesto, ninguna iglesia. Todo era provisional y con solo verlo, se sabía que no habría ningún atraso para dismantelar todo de manera rápida para la siguiente mudanza. Nunca entendí por qué el lunes era el único día que las cantinas paraban y en el que no se oía la juerga con las rockolas a todo volumen y cuya estridencia, llegaba en oleadas intermitentes a nuestro campamento todas las noches sin parar, desde martes hasta el domingo siguiente.

Tractores rugiendo para remover tierra, ruidosos camiones que iban dejando atrás chorros de humo negro que diluía la lluvia y los gritos de todos, enfrascados en un frenético quehacer de hormigueo constante, tenía siempre como fondo el tronar continuo de la enorme trituradora, que se asemejaba a un estático y vomitador brontosaurio que sólo se dormía el domingo. En los talleres mecánicos trabajaban veinticuatro horas, arreglando máquinas que fallaban y que no debían dejar de trabajar, mientras los conductores que terminaban turnos de trabajo iban a tomar licor hasta emborracharse con las meretrices de las cantinas.

Nuestras instalaciones privadas, eran un casa grande de madera sin pintar, construida sobre postes de madera que la separaban metro y medio del suelo para evitar que nos alcanzara la humedad, donde yo vivía con mi padre y un rancho de más de cuatrocientos metros cuadrados que albergaba la bodega de implementos de labranza, alimentos, la cocina y las mesas para comer, hechas de varas delgadas con bancas de igual material, sembradas a golpes en el piso de tierra. Arriba, al nivel donde terminaban los lados del triángulo agudo que formaba la cumbre del techo de palmas, empezaba el piso de madera pulida que era el dormitorio comunal en donde dormían los jornaleros. Los pocos que llevaban a sus mujeres, tenían derecho a pequeños apartados divididos con separaciones de bambú y hojas de palma que les servían de dormitorios privados en el primer piso. De vez en cuando se producían peleas por causa de las mujeres, que se solucionaban a trompadas y cuchillazos o porque mi papá despedía de inmediato a todos los involucrados.

Era un lugar de muchos hombres y muy pocas mujeres por lo que las relaciones sexuales y sus conflictos de campamento eran una tensión siempre presente. Teníamos cuatro mujeres que se encargaban de la cocina y que por la gran demanda y a pesar de ser feas, eran objeto de riñas frecuentes entre los hombres que se disputaban a veces violentamente sus afectos.

Nuestra casa y el ranchón, estaban a un lado sobre la parte alta de un cerro que los tractores habían partido en dos para que la carretera pudiera bajar hasta llegar hasta al nivel del río Cara de Mono, en donde se construía un puente de algunos treinta metros de longitud. Este río que

cruzaba la carretera, desembocaba a unos quinientos metros a la derecha, burbujeando alocadamente entre espumarajos en el gran Río Mico, serpenteando entre grandes, negras y graníticas piedras, que mostraban petroglifos grabados desde quien sabe cuántos e inmemoriales tiempos. Nítidas caras de monos, espirales, barras agrupadas, triángulos y grabados cuneiformes, yacían ignorados y a la vista de todos los que pasaban sobre el río en las canoas, que eran aún el medio de transporte que nadie estaba consciente que ya estaba próximo a desaparecer por la carretera en construcción.

Al cruzar el río, la carretera subía entre los elevados bordes de otro cortado cerro. Los bordes superiores estaban cubiertos de una fila de casas hechas de cualquier material posible, que albergaba las cantinas y los restaurantes populares en donde siempre alborotaban los obreros, que por las noches y a cualquier hora de sus horas libres, alternaban escandalosamente con las prostitutas entre música de rockolas, gritos y peleas. No había policía, ni soldados y solamente llegaban autoridades del municipio de La Batea cuando había necesidad de levantar los cadáveres de los muertos en las reyertas, a trompadas, con cuchillos, machetes y muy raras veces con armas de fuego, con las que se disputaban los amores y favores de las meretrices.

A la altura de nuestra casa, al frente y al otro lado de la carretera, había un restaurante con piso de madera y techo de palmas, propiedad de una simpática pareja de afro descendientes, ambos corpulentos y de edad avanzada, en lo que podría considerarse como el lugar de mayor lujo en el lugar, especialmente por su pulcritud y por su limpieza. Mr. Anderson y Mrs. Natty, los propietarios, cruzando la carretera bajaron y subieron para llegar a nuestra casa en cuanto vieron que se descargaban enseres domésticos. Llegaron para conocernos y a ponerse a las órdenes y nos ayudaron a acomodar muebles y bártulos, sorprendidos y defraudados porque no habría mujer en casa sino solamente mi padre y yo.

Amistosamente agradables, pacíficos y bondadosos, desde ese momento me mostraron su necesidad afectiva al tratarme como al nieto que posiblemente nunca tuvieron y aprovechándome de esto, en los meses siguientes yo podría merodear a mis anchas en todas las instalaciones de su casa y restaurante alcahueteado por ellos, quienes me regalaban refrescos fríos embotellados ante el enojo de mi papá que me pedía que no abusara del afecto que me prodigaban.

Contrastando con mi tranquila vida de niño mestizo del pacífico, oír hablar inglés, español y misquito y vivir de cerca el tráfico de gentes y maquinarias de los trabajos de la apertura de la carretera, me hacía sentir que estaba en algún exótico y extraño país. El ambiente de un verdor agresivo, la lluvia, el olor a petróleo quemado y el humo denso de las máquinas que rugiendo corrían incansables por la brecha que le perforaban a la selva y saber que a menos de cien metros, se encontraban

ruidosos tucanes y guacamayas, miles de pájaros diferentes, culebras, armadillos y alguna que otra loca manada de alborotados monos capuchinos y saraguates que aún no huían del ruido, eran un espectáculo del que estaba seguro que no volvería a vivir nunca más en mi vida.

Contrastaban marcadamente, el callado Ramón y los tranquilos jornaleros misquitos y los nuestros del interior, con los obreros, conductores de camiones y sucios mecánicos que apestaban a sudor y grasa de petróleo. Los primeros, tímidos, respetuosos y pacíficos y los otros, vocingleros que hablaban procazmente y a gritos de cosas tan diferentes. Los primeros se expresaban en educados tonos bajos, cuidadosos de que su hablar no hiriera o provocara, mientras que los otros eran gritones, gesticuladores, irreverentes, impúdicos y malhablados, que no se limitaban en nada para decir lo que se les ocurría.

Un día, el camino que llegaba a nuestra casa, llevó hasta nuestra puerta a un enlodado jeep amarillo, que llevaba impreso el logotipo celeste de la compañía Nello Teer, la constructora de la carretera. Frenó deslizándose en el lodo hasta detenerse frente a la puerta de nuestra casa y de él bajó casi corriendo un norteamericano colorado, flaco y alto, de pelo rubio largo, ondulado y revuelto y como de cuarenta años, quien decidido y sonriente subió a trancas la escalera gritando el nombre de mi papá. Riéndose a carcajadas, dijo que ya sabía que era él quien había llegado y que lo venía a saludar, a la vez que sin dejar de hablar lo rodeaba con un exagerado y festinado abrazo. Jay Johnson era el jefe del taller de mecánica del campamento. Se había hecho amigo de mi padre porque habían trabajado juntos algunos años antes con la compañía Thompson en la construcción de la carretera norte y ahora buscaba a mi papá porque sabía que era un experimentado mecánico empírico al que le gustaban los problemas que no tenían fácil solución. En ese momento él tenía dificultades para echar a andar una planta eléctrica que funcionaba con los pistones en circunferencia como los de un motor de avión.

Nunca supe cómo había hecho para localizar a mi padre. Cuando éste le dijo que había llegado para ser agricultor, las sonoras carcajadas de burla del incrédulo Johnson no se hicieron esperar. Mi papá accedió a ir a ver el problema con la planta eléctrica y así por primera vez yo pude ingresar al campamento y curiosear subiéndome a grúas, excavadoras, tractores de oruga y unos camiones enormes como dinosaurios a quien todos decían "yucles" por el sonido de la marca Euclides, al pronunciarlo en inglés. Por camaradería mi papá ofreció su apoyo a Johnson y quedó desde entonces como el solucionador externo de problemas mecánicos especiales de la maquinaria del campamento, negándose rotundamente a ser contratado porque ahora era agricultor.

Para mí fue la oportunidad de conocer a ese grupo de unos veinticinco gringos, sencillos y simpáticos, de los cuales solamente los tres más jóvenes habían llevado a sus esposas y a sus niños muy pequeños y

Johnson se convirtió en el asiduo visitante que como una tromba, entraba sin avisar a nuestra casa, siempre alegre y ruidoso, varias veces a la semana. Se quedaba a platicar con mi padre en un revoltijo de inglés y español y a tomar whiskey con agua y hielo, mientras descifraban manuales y discutían de máquinas, estando seguros que así también arreglaban al mundo. Lo que Johnson más añoraba eran las salchichas ahumadas que siempre que podía pedía a la capital y cuando llegaban, avisaba a mi padre convirtiendo eso en un pretexto más para reunirse.

Un día mi papá fue llamado a la oficina de telégrafos del municipio de La Batea a treinta kilómetros de distancia, porque le había llegado un telegrama que debía retirar. Era de un antiguo amigo mecánico como papá con quien había compartido trabajos en el pasado y quien le avisaba que la compañía lo había contratado y que llegaría con su esposa e hijos la semana siguiente.

Santiago Parrilla era un agradable y simpático hombre a quien se le hacía sumamente fácil aceptar a cualquier persona sin importarle de quien se trataba. Ya cerca de los cuarenta, con una calvicie a mitad de camino, ensortijado el cobrizo y poco pelo que le quedaba, bajo y robusto, tenía una sonrisa y unos ojos zarcos, claros y sinceros que provocaban confianza de inmediato. Anteriormente también había compartido trabajos con Johnson. Su hijo Sebastián de mi edad se me pegó desde el principio debido a que yo era lo más parecido a un compañero, que él se hubiera podido conseguir en muchísimos kilómetros a la redonda y Federico dos años menor que no se despegaba de las faldas de su madre. Catalina la mamá, una blanca, alegre y sana mujer a la mitad de la vida, era de ese tipo de mujeres conscientes de que aún conservan su belleza, pero también que ésta ya las está abandonando, por lo que hacía lo imposible para que todos reconocieran que era y sería linda hasta el fin de los siglos.

Para mis engreídos trece años de edad y lo que yo ya había vivido, Sebastián sólo era un aññado y simplón carente de audacia y originalidad. Pronto descubrí que me sentía más a gusto con Ramón que con él y empecé sin ningún éxito a tratar de evadirlo.

Ahora las reuniones de los tres amigos habían perdido la soltura y la alborotada y superficial espontaneidad anterior pero había ganado en cultura, debido a que Santiago hablaba fluidamente de poesía, sociología, de historia y de política. Me sorprendía la manera como recordaba todo lo que oía en la BBC de Londres, la Radio Habana de Cuba y la Voz de los Estados Unidos de América, que llegaban a la selva a través de nuestros radios de transistores de onda corta. Llevaba la información, la estiraba, la volteaba, le cambiaba los colores y se divertía de lo lindo cuando hacía que mi papá y Johnson se contradijeran a cada rato, por el modo como les variaba los enfoques, al presentárselos desde diferentes ángulos. Cuando se enojaban y la pasión los elevaba a la discusión, Santiago lograba

siempre que todos tuvieran razón, al conceder y reconocer la veracidad de lo que cada uno había expuesto.

Era la época de Nixon, de Vietnam, de Fidel Castro, de Krushev, de los dictadores en América Latina, en fin, de la guerra fría por lo que para mí deleite, había mucho para oír y para ellos, mucho que decir y discutir. Yo sentía que mientras ellos hablaban de lo que se cocía en un mundo convulsionado que a pesar de todo se desarrollaba, Cara de Mono era el lugar en donde de verdad, ese progreso se convertía en una concreta realidad que se respiraba y oía en el fragor de los trabajos y porque de alguna manera, ellos y todos a nuestro alrededor, estábamos conectados al tráfigo de su construcción.

Las reuniones ocurrían los fines de semana y algunos días en el que el trabajo de todos, lo permitía. Yo no me perdía de ninguna. A escondidas me llevaba a Ramón para que oyera y cuando le preguntaba qué pensaba, me quedaba viendo y forzaba una sonrisa mostrando la mueca de pelar todos sus blanquísimos dientes, con lo que me decía que no entendía ni rosca y que estaba allí sólo porque yo lo invitaba a disfrutar de galletas, enlatados, dulces, refrescos embotellados o congelados en bolsitas de plástico y embutidos, que él nunca antes había saboreado.

Como siempre, mi papa no permitía que me quedara ningún día en cama y siempre a las cuatro de la mañana y bajo la lluvia, yo me iba con la tropa de peones al descombre de la montaña, en donde sembraríamos arroz dentro de un mes. De Cara de Mono a Muelle de Los Bueyes, había dos o tres kilómetros de distancia y de allí al terreno, faltaba un kilómetro más. A mitad del resto del camino estaba la choza de techo de palma donde vivía Ramón con sus papás, que lucían bastantes mayores. Ramón era sumisamente respetuoso con ellos y cada vez que los encontraba, bajaba la cabeza y juntaba las manos a la altura de su pecho en señal de saludo igual que un monje tibetano. Yo entraba a su casa y él ya estaba esperándome para caminar juntos el último kilómetro. Su mamá, una señora prieta de edad indefinible, con la cara sumamente arrugada y sin ninguna cana y que hablaba muy poco español, se mantenía en silencio la mayor parte del tiempo y obedecía lo que decía su marido sonriendo sin parar. Con quien sabe qué sacrificios, siempre me ofrecía una taza de barro llena de café negro hervido y sin azúcar que me tendía con su morena sonrisa y me quedaba viendo fijamente con sus brillantes y achinados ojos hasta que terminaba de tomármelo, haciéndome sentir supervisado. Solo después de este rito Ramón y yo, ya podíamos salir para el trabajo.

Creo que tal vez unos cuatro meses después y a medida que me adaptaba, las infecciones por hongos en los pies, el estar mojado siempre, el calor, los mosquitos, el sempiterno mal olor del sudor y la falta de agua corriente, pasaron a otra dimensión. Ya no me sentí sobrecargado por estas minucias y empecé a sentirme más cómodo y contento con el

medio.

Una noche fuimos invitados a cenar a la casa de Johnson. Al llegar ya estaba Santiago con Catalina, Sebastián y Federico y otro joven gringo con su esposa. Johnson había invitado a los Anderson, nuestros vecinos del restaurante de enfrente. Sebastián y Federico y yo nos quedamos en el corredor externo y los mayores se fueron a la amplia sala, refrescada por la turbonada de viento de un gran ventilador industrial, con el rumor de la lluvia de fondo. Nos quedamos en el corredor a jugar dominó con Sebastián y al cabo de dos horas no había más que hacer. Me fui a un mueble de la sala, saqué un libro de mecánica de la biblioteca de Johnson y regresé a sentarme afuera al piso del corredor, ignorando la pertinaz lluvia. Sebastián y Federico se tiraron al piso y a poco ya estaban durmiendo y yo me dediqué a hojear el libro que era un ilustrado catálogo de herramientas.

Adentro y para mi sorpresa, no se oía la ruidosa y alborotada discusión habitual de sus reuniones, sino un fluido y alegre intercambio de cortesías. Si se veía con otros ojos, era algo raro vivir esa relajada y educada reunión social en un tosco campamento de obreros, bajo una lluvia pertinaz y teniendo al frente la selva, con la total falta de civilización a pocos metros. A mí no me parecía tan real pero era tranquilizador y me producía sentimientos de seguridad.

Todos estaban tranquilos con sus vasos de whisky oyendo discos de Elvis Presley y de un joven y nuevo cantante canadiense que se llamaba Paul Anka mientras mi papá quería oír a Benny Goodman o a Louis Armstrong. Era un grupo de obreros unidos por el compañerismo, por la fuerza de ser diferentes y a la vez homogéneos, en un medio extraño para ellos. Amistades que románticamente según yo en ese momento, durarían para siempre.

Al inicio del corredor se entraba a la sala y de una puerta al final de éste, se penetraba a la cocina. Me dio antojo de tomar algo y fui a buscarlo al refrigerador. El ruido de la lluvia cubrió el crujido que siempre producían las tablas del piso, por lo que Catalina y Johnson no me oyeron entrar. Johnson estaba sobre ella, la tenía inclinada hacia atrás contra el fregadero y le tenía puesto una mano sobre un pecho que acariciaba mientras la besaba en los labios. Catalina tenía cerrado los ojos, un rubor sonrojaba intensamente su rostro y estaba evidentemente transportada a quien sabe dónde. Cuando Catalina me vio, miró hacia el piso y alisó su falda que tenía a mitad de su pierna, se arregló el pelo y me sonrió sin mucha convicción.

-¿Querés un refresco? - me dijo con una voz baja que enronquecía su agitada respiración, mientras sacaba una botella del refrigerador para

ponerla en mi mano.

No me sorprendió el hecho porque yo ya sabía de qué se trataba. Hacía un mes había sido testigo en el recodo de un pequeño río, de una mujer de las cantinas que con un obrero negro hacían ruidosamente el amor bajo un matorral. Le conté a Ramón y fuimos varias a veces, hasta que otra pareja llegó y a escondidas los estuvimos observando. A nuestros años nos pareció un asunto de veras importante. Lo habíamos comentado bastante, amplia y profundamente con Ramón, quien con toda la seriedad y la sabiduría de sus trece años de edad y de su casi selvática vida, me explicó que así lo hacían los hombres y los animales y que eso servía para que nosotros nacióéramos.

Lo que en el momento me produjo una reacción de rechazo fue que Catalina se acercó y me acarició la barbilla, en un gesto con el que pretendía hacerme su cómplice. Me hice la decisión de contárselo a mi papa pero pasó el tiempo y nunca me atreví.

Llegó la fecha para la quema del monte cortado.

Una brecha entre las lluvias le permitió al sol secar los árboles derribados. Me asombró el fragor de la quema, los estallidos de los bambús y ver la infinidad de alimañas que aullando y chillando empavorecidas, pasaban entre nuestro pies huyendo de la muerte. Esa noche hubo conejos y armadillos asados hasta para hartarse, pero mis oídos seguían oyendo el fragoroso crepitar y aunque los cerrara, mis ojos aún seguían viendo las lenguas de fuego que crecían violentamente, que se retorcían enardecidas y que alocadas cambiaban de dirección y de colores en lo más pavoroso de ese holocausto.

Después vino el proceso de siembra que se hacía a mano con un báculo de madera que terminaba en una estaca afilada, con la que ya enterrada en el suave suelo, se hacía un movimiento hacia adelante para estirar el hueco formado. Se tomaba con los dedos un pequeño puño de rubio arroz desde un tarro atado a la cintura, se lanzaba al agujero, se daba un paso para cubrirlo de tierra con el pie y así al siguiente y al siguiente y al siguiente, hasta terminar el día con dolor en todos los músculos, absolutamente cansado y agotado, sin la menor gana de caminar hacia la casa y queriendo quedarse dormido en el suelo. "Mejor dormir que caminar o comer", era la idea persistente que dominaba al cuerpo.

Cuando el proceso de siembra terminó al mes de iniciado, lo primero sembrado ya mostraba unas hebras de un verde tierno y brillante que sobresalía casi dos pulgadas del suelo. Después vino el período de descanso mientras las plantas crecían. Ahora el trabajo era solamente cuidar que las alimañas no sacaran los granos del suelo o que entraran animales a comerse los retoños. La mayor parte de los mozos fueron pagados y previo a largarse, fueron invitados a regresar para la cosecha.

Quedaron unos pocos para hacer el trabajo de vigilancia.

Una tarde al final del día, fui al restaurante de Mrs. Natty y Mr. Anderson para llevarles una gran cantidad de tiernos y pequeños camarones de río que Ramón y yo habíamos atrapado en una corriente de las muchas del alrededor para pedirles que los prepararan con una receta de ellos, que a mí se me antojaba lo más delicioso del mundo. Los dejaban macerar en jugo de limón con sal y picante durante una semana, después los secaban al sol y después los asaban sobre una lámina de metal, hasta que quedaban completamente, secos, intensamente rojos, porosos, tostados y crujientes. Se deshacían deliciosamente en la boca saturando el paladar con su intensa mezcla de sabores. En un momento en el que me pidió que me quedara removiendo los camaroncitos para que no se quemaran, Natty se volvió para hablar con alguien a quien yo no veía y le dijo en un pésimo español de erres redondas que no lograban vibrar,

- Algo malo va a salir de eso, le dije a Johnson que desista pero no me hace caso. Que Dios nos socorra -, rezó quejumbrosamente.

Para Natty, todo en este mundo era un ominoso drama revestido de tragedia que reventaría mañana mismo. Pero también a mí, esta vez sus palabras me instilaron un oscuro presagio de sombra porque me recordó el episodio en la cocina de la casa de Johnson. No me había atrevido a contarle a mi papá lo que sabía. Lo comenté con mi confidente Ramón y él me dijo que lo olvidara, que eso era asunto de los viejos y no de nosotros y me empezó a contar que un día, a su mamá le llegaron a decir que su papá estaba con una puta en el río y que ella había ido a buscarlo, que los había sorprendido apareándose y que había regresado a la casa con una cara como de piedra que nunca le había visto y que por bastante tiempo ella se había quedado sin decir nada. Que eso había pasado hacía bastante tiempo y que él había llorado a escondidas porque creía que su mamá podría haber matado por la noche a su papá con un cuchillo cuando estuviera dormido, por lo que para él, aunque le hubiera dolido, hubiera sido mejor que su mamá se hubiera ido de la casa hasta que se le pasara la cólera.

- Pero ya ves -, me dijo, - Allí están, allí siguen de juntos ¿Que qué pasó?, No sé. Lo que sé es que mi papa nunca jamás se volvió a ir con las putas - , me dijo como en un final de cuento.

- Los viejos son así. Ellos se arreglan -, volvió a insistir para tranquilizarme y mientras me ponía una mano en el hombro para reafirmar lo que me decía y queriendo que se me quitara la preocupación de la cara.

Durante el tiempo de la siembra en el que no nos habíamos visitado, se había degradado la relación entre todos. Santiago había intentado hablar con Jay pero ante sus evasivas, habían dejado de visitar nuestra casa. Mi

papá intentó juntarlos para que arreglaran sus diferencias, si eso era posible, pero ambos lo rechazaron. Los rumores repetían que Catalina y Jay eran amantes y que se encontraban a escondidas manteniendo un romance. Después mi papá sólo invitaba a uno o a otro a nuestra casa para evitar que se encontraran.

Una tarde que en la sala mi papá y Jay tomaban tragos, Santiago salió a colación y Jay molesto, con expresión de desagrado y enojo, soltó que Santiago sólo era un agitador comunista que había llegado a crear problemas entre los trabajadores de la compañía. Me sentí desgarrado por dentro y con un dolor profundo al oír que para Jay, Santiago ya no era el hombre ameno, culto e inteligente que admiraba y que nos instruía a todos con sus lecturas, que ya no era su amigo y que el afecto, en el grupo maravilloso en el que alternábamos todos, no existía más.

Por haber oído lo que Jay había dicho, empecé a poner atención a cosas que repetían nuestros jornaleros cuando compartían con los obreros de la compañía, sobre los resentimientos de estos últimos porque sus ingresos se habían reducido debido a que habían eliminado las horas extras. Asustados, los norteamericanos habían dejado de dirigir y trabajar directamente con los trabajadores y habían contratado capataces locales que los maltrataban, hostigaban y perseguían incesantemente, presionando para que nadie descansara ni un solo minuto durante la jornada. Según ellos, con ésta acción eliminarían para siempre el pago de las horas extras y ellos quedarían bien con la compañía, pero lo que eso provocó fue que las relaciones se volvieran agrias, confrontativas y más difíciles que cuando los norteamericanos trabajaban directamente con los jornaleros. También escuché que ya habían sido formados comités que intentaban lograr acuerdos pero que los capataces nacionales del interior, bloqueaban las posibilidades de cualquier arreglo y que lo hacían para mantener sus puestos de trabajo, a fuerza de mantener la confrontación, creyendo que eso los hacía imprescindibles ante los gringos y sin que les importara volverse odiosos para sus connacionales.

O era mi tristeza por la ruptura de mi mundo o era que ya todo me sabía triste.

Una noche Mr. Anderson y Mrs. Natty, nos invitaron a cenar para celebrar el sorpresivo e inesperado retorno de un hijo del que yo nunca les había oído hablar. Kevin era un atlético moreno de ensortijado y redondeado corte de pelo como de treinta años. Llegó acompañado de su esposa posiblemente de su misma edad, pero lo maravilloso para todos era su preciosa niña de unos seis años de edad, en un lugar en el que no había niños. Ver a una Natty que con ojos llorosos y absolutamente feliz, se quedaba pasmada viendo a su nieta, no me impidió percibir que Mr. Anderson no mostraba la alegría que merecía la maravilla del regreso de

un hijo pródigo.

Me fue extraño que desde su llegada Kevin no saliera nunca de la casa. Se pasaba encerrado leyendo en su cama y solo se levantaba para comer. No salía a ayudar cuando el restaurante se llenaba de clientes que demandaban servicios y no quería ser presentado a ninguno de los amigos de sus papás. Era lo opuesto a su esposa Liz, quien se entregó de lleno a ayudar a Natty en todo, queriendo y logrando ganarse su mantención, su espacio y el aprecio de sus suegros. Al poco tiempo, la cara siempre seria y distante de su llegada, para mi alegría empezó luminosamente a sonreír.

Una noche Mr. Anderson después de cenar con mi papá, se quedó en nuestra casa más tarde de lo que acostumbraba. A pesar que hablaba muy cerca de mi papá y en voz muy baja como susurrando secretos, capté entrecortadamente que hacía algunos años Kevin había hecho algo malo por lo que ellos con mucho dolor, lo habían echado de casa. Que era su único hijo al que amaba pero que también era su dolor. Que esperaba que hubiera reflexionado y que hubiera decidido cambiar pero que seguía temiendo por él.

Un evento inesperado nos volvió a alejar a todos. Sin previo aviso, apareció una terrible y apocalíptica plaga que nos sumergió a todos en un frenesí de preocupación y rompiendo por completo la rutina. Era una profusa e inesperada invasión de ratas grises, bigotudas, gordas y grandotas, que de manera súbita emergieron alocadas quien sabe cómo, ni de dónde. Como brotadas de la tierra infestaron todos los sembrados. Se escuchaban sus agudos chillidos cuando frenéticas, atacaban la siembra y se veían caer las plantas al suelo, produciéndose grandes espacios vacíos al ser derribadas y cuyo espectáculo, causaba un angustioso dolor que mi papá sentía en el estómago. Los bocados de granos de maíz con los venenos tradicionales no contuvieron las oleadas de animales que diezmaban los sembrados.

Jay tomó cartas en el asunto para ayudar a mi papá. Mandó cartas a la embajada de USA y allí le informaron que el departamento de agricultura de aquel país, estaba trabajando en un veneno para este tipo de plaga, que aún estaba en ensayos pero que podrían enviar una cantidad para hacer una prueba en el campo. Quince angustiosos días tardó en llegar lo que ya considerábamos la panacea que iba solucionar nuestro problema. La compañía constructora de la carretera, también estaba preocupada por las infecciones que por la mortandad de ratas podrían desatarse entre las personas y porque recordaban las fiebres palúdicas que durante la construcción del Canal de Panamá, habían diezmado a los obreros y causado la quiebra del proyecto a los franceses.

De la capital llegaron los primeros tarros en un helicóptero, de los cuales la mayor parte fueron aplicados a nuestra siembra como ensayo inicial.

Sin parar, durante tres angustiosos días con sus noches, se trabajó febrilmente regando entre la plantación este veneno que era un polvo verde casi inodoro que revuelto con maíz toscamente quebrado, poníamos en el suelo sobre pedazos de hojas de plátanos. El cuarto día empezaron a aparecer ratas muertas cuyos apestosos cadáveres al aire, se secaban completamente al segundo o tercer día de muertas y pronto, el nuevo y fétido mal olor de los cuerpos podridos envenenó el aire. Ningún otro animal intentó comerse los cadáveres.

Al quinto día, ya se percibía que las ratas se habían largado de nuestro terreno y que las muertas no habían sido sustituidas por otras pero alarmados, nos enteramos que la situación a nuestro alrededor no había cambiado y que otros tipos de siembras habían sido casi eliminados por la maldita plaga. Estos nos obligó a mantenernos en alerta durante dos semanas más, recorriendo ansiosa y constantemente el campo sembrado en todos los sentidos, para reponer los bocados envenenados que ya había sido ingeridos.

No me pregunten, pero un día al amanecer algo inexplicable nos hizo darnos cuenta que las ratas habían desaparecido total y súbitamente tal como habían llegado. Solo nos dimos cuenta. Fue porque ese día no llovió, por el aire, por algún cambio en los olores o por lo límpido del cielo, por algo en la cara de todos, no se supo exactamente por qué. Convencidos de esto, corrimos a ver los sembrados de los vecinos y ya no oímos más los terroríficos chillidos de sus correrías. Se perdió un veinticinco por ciento de la siembra, posiblemente lo que se hubiera ganado. La tristeza de lo acontecido hizo que nadie quisiera celebrar haberse librado del problema y completamente tristes y agotados, sólo quisimos dormir hasta donde se pudiera.

Lo primero que quisimos hacer después fue reconectar nuestras suspendidas relaciones con nuestros amigos, necesitados y urgidos de normalidad.

Kevin seguía sin salir para nada del restaurante permaneciendo siempre encerrado leyendo en su dormitorio, su esposa seguía trabajando afanosamente, haciéndose cargo del trabajo que antes hacía Natty, quien ahora se había entregado de lleno a cuidar a su preciosa nieta y Mr. Anderson seguía serio y masticando quien sabe qué ideas, refunfuñando siempre, caminando de un lado al otro y arreglando desperfectos que no necesitaban composturas para mantenerse siempre ocupado.

La risa fácil y espontánea y hasta el recio volumen del tono con el que Jay siempre hablaba, había bajado quien sabe cuántos decibeles. Una tarde durante la cena, un diferente, gris y preocupado Jay, le contó a mi papá que los problemas con los obreros se habían complicado y que todo mundo estaba cerrado, atrancado a piedra y lodo en su cerrada posición y sin dar indicios de querer arreglar nada. Que se había iniciado la

formación de un sindicato y que la compañía había pedido protección al gobierno quien les había enviado a veinte soldados de la Guardia Nacional quienes armados, ahora resguardaban la entrada al campamento porque temían ser agredidos y especialmente porque habían detectado gente de afuera que había llegado y que no trabajaban en nada ni para nadie.

-No sé qué pasa -, dijo, - Este país ya no es el que yo creí que conocía -, dijo con un tono más amargado que preocupado.

Cuando invitado por mi papá llegó Santiago, era evidente que había envejecido un montón en pocos días. Se veía encorvado y una vertical arruga, profundizada desde el inicio de la frente, le metía una cuña de sombra hasta al inicio de la nariz. Había enviado a Sebastián y a Federico a la capital porque iban a empezar sus clases y cuando mi papa le preguntó por Catalina, hizo un gesto despectivo, levantando y tirando su mano derecha hacia atrás, expresando con fastidio que no le importaba.

Mi papá lo quedó viendo y pude ver en sus ojos el profundo afecto que sentía por su amigo. Se le acercó y sin decirle nada lo abrazó manteniéndolo así por un momento. Santiago con los ojos enrojecidos, vació toda su pesadumbre empezando por la relación de Catalina con Jay.

- No tengo rencor contra ella -, dijo,

- Yo soy el culpable porque a Catalina nunca le he dado un hogar, sólo le dado campamentos y talleres. Ella nunca ha tenido una vida normal ni estable con un hogar fijo, amigas o su familia, en ningún lugar -, concluyó.

Absoluta amargura se sentía en su voz cuando habló de Jay, a quien dolido y con voz ronca llamó "ese maldito hijo de puta traidor" y le contó que a pesar de la relación de amistad de muchos años, que tenía con varios de los norteamericanos jefes de la compañía, le habían vedado la posibilidad de participar y de contribuir para tratar de buscar soluciones a los problemas que enfrentaban todos como empleados.

-Ya no sé qué putas quiero hacer -, dijo finalmente sumido en el más profundo desaliento.

La felicidad de mi paraíso tropical había saltado rota en añicos.

De espaldas vi a mi triste papá que se quedó hasta bastante tarde de la noche sentado en la sala sin decir nada, inmóvil y viendo fijamente hacia afuera, mientras que la bendita y fina lluvia caía, caía, caía y seguía cayendo en la calurosa noche, también entristecida con el chirrido

metálico y monótono de un grillo solitario que nos llegaba desde la selva.

Otra vez empezó a pesar en mi ánimo la lluvia excesiva, el lodo, la falta continua de sol, la humedad, las limitaciones y por nada específico o por todo lo que pasaba, sentía ganas de llorar. El ambiente, se volvió pesado, ominoso, no presagiaba nada bueno. Sentía que las ratas y todo lo que había pasado, solo habían sido el preámbulo que había estado preparando el caos que pronto reventaría, resolviéndolo todo de algún modo.

Un cazador, guiándose por un círculo de zopilotes que en reducción concéntrica bajaba hacia el suelo, encontró el cadáver de Santiago en un riachuelo adentro en la selva a unos mil metros de la carretera. No le habían robado nada. Presentaba una horrorosa y salvaje herida, que entrando por el estómago, le había atravesado todo el cuerpo dañando aún su columna vertebral.

Catalina, absolutamente pálida, desencajada y casi sonámbula, llegó con Jay a nuestra casa.

Mi papá clavó una mirada de rabia en Jay, quien llorando se derrumbó en el sofá.

- ¡No fui yo!, ¡No fui yo! -, repetía desconsolado.

- ¡Por la gran puta!, ¡Por Dios!, ¿Cómo podés creer eso? -, le decía a mi papá mientras que desesperado, lloraba sobándose con fuerza la cara y alisándose el pelo hacia atrás con sus dos manos grandotas, amarillas y tan pálidas, que en ese momento se veían totalmente inútiles.

Catalina se quedó de pie mirando hacia afuera. Emitía un suave y casi audible quejido que parecía un fino maullido de gato pero que era un gemido continuo, que le costaba expulsar desde lo profundo, incapaz de soltarse a llorar, plena y abiertamente.

Natty llegó revoloteando sus grandes nalgas que se sacudían por la prisa con que subía la inclinación que llevaba a nuestra casa. Su negra cara brillaba anegada de lágrimas mientras compungida repetía como en una letanía,

- ¡Por Dios, por Dios! -, Y sus grandes e inundados ojos miraban hacia el cielo mientras llorando repetía,

- ¡Te lo dije Jay!, ¡Te lo dije! -, sin saber a quién abrazar y yendo desconsolada de uno al otro con una toalla blanca en la mano, con la que se restregaba compulsiva y mecánicamente el rostro.

Esa misma noche, una ausente y despeinada Catalina, insensible como

una zombi, tomaba el último autobús para regresar a la capital.

Tres días después, el cadáver de Jay fue encontrado a la mitad de la correntada del río, frente a los petroglifos de las caras de los monos. Su cuerpo cruzado en la corriente, estaba aprisionado a la mitad de su espalda contra una piedra que al centro sobresalía del agua.

Impelido por la fuerza de la corriente que pasaba por arriba y por debajo, el cadáver agitaba continua y grotescamente los brazos y las piernas expresando un angustioso adiós con las cuatro extremidades.

Tenía un balazo en la nuca.

En la orilla del río, dentro de la libreta de apuntes que siempre lo acompañaba, encontraron un papel doblado que en grandes letras negras decía: "Asesino Maldito".

Kevin desapareció abandonando a su mujer y a su hija y de él nunca jamás, nadie, nadie, volvió a saber.

Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A.-

Subido a www.megustaescribir.com, el 20 de Octubre de 2017.-
Foto: Pixabay